

*Antón Costas*

## Los ciclos de la política

*La Vanguardia*, 19 de septiembre de 2018.

La política catalana me plantea una cuestión intrigante: ¿es el nacionalismo identitario, aislacionista y caudillista en que ha venido a desembocar el procés un rasgo patológico o se trata de una manifestación ad hoc de un fenómeno universal de nuestra época? Vale la pena explorar esta cuestión.

De forma inesperada, la política mundial se ha visto asaltada por una oleada de nacionalismos identitarios y aislacionistas. Es un movimiento que abarca multitud de países: el Reino Unido, Estados Unidos, Hungría, Polonia, Austria, Finlandia, Suecia, Holanda, Italia, Alemania, Suecia, Rusia, Turquía, Egipto, China, Japón, India, Brasil...

Este viraje nos ha cogido por sorpresa. Pero el fenómeno no es nuevo. Así, sólo en el último medio siglo lo hemos visto varias veces: las revueltas progresistas de 1968; el giro liberal conservador de finales de los setenta de Reagan y Thatcher; el cosmopolitismo que siguió a la caída del muro de Berlín en 1989, y el actual giro nacionalista. Nuestras sociedades parecen predisuestas a sufrir oscilaciones periódicas, a modo de un péndulo que va de un extremo al otro.

Como economista estoy inclinado a pensar en términos de ciclos. Es una herencia intelectual del gran economista austro-norteamericano Joseph Schumpeter. De forma similar, el historiador Arthur J. Schelinger identificó ciclos políticos de unos 15 a 20 años en la política estadounidense. Ciclos políticos similares existen en otros países.

Pensar en la existencia de ciclos regulares implica disponer de una teoría que nos explique que esos zigzags son el resultado de fuerzas internas —endógenas— a las sociedades y no el efecto de eventos externos extraordinarios, como una guerra. Para ello necesitamos identificar algún rasgo interno de las sociedades que mueva el péndulo de un lado al otro.

En un sugestivo ensayo ( *Interés privado y acción pública*, FCE, 1986) el economista Albert O. Hirschman expuso una teoría de este tipo. Identificó la decepción como la fuerza motriz del ciclo político. De la misma forma que la decepción en el consumo de ciertos bienes nos hace cambiar de preferencias de consumo y de modas, la decepción con las políticas públicas provoca cambios en nuestras preferencias políticas como votantes.

Tomar en serio la decepción significa dar importancia a las percepciones que tienen las personas sobre los objetivos y los resultados de las políticas, por equivocadas que les puedan parecer a los expertos o a los gobiernos en el poder. Lo que se percibe como real tiene consecuencias reales en la conducta, afirma el teorema de Thomas.

¿De dónde surge la decepción que en el momento actual impulsa al nacionalismo? Del rechazo a la política cosmopolita que han practicado los gobiernos liberales y los de las terceras vías socialdemócratas antes y después de la crisis. Una decepción vinculada, por un lado, al hecho de que el crecimiento económico ha beneficiado sólo a un puñado de gente muy rica. Y, por otro, a la percepción de que las élites cosmopolitas favorecieron, para su propio beneficio, a la inmigración y las minorías.

Desde esta perspectiva, el nacionalismo es la reacción al cosmopolitismo apátrida de la etapa anterior. En este sentido, es muy ilustrativa la crítica que hizo la primera ministra británica, Theresa May, al cosmopolitismo de su predecesor, David Cameron: “Si usted piensa que es un ciudadano del mundo, entonces es que no es ciudadano de ninguna parte. Usted no entiende lo que de verdad significa la palabra ciudadano”.

Una consecuencia de la tesis de Hirschman es que cierto patrón de cambio cíclico no es sólo inevitable, sino que es útil y deseable. El nuevo nacionalismo puede tener esta virtud. Pero es obvio que estas oscilaciones cíclicas pueden ser exageradas y peligrosas. Lo fue así en el pasado con el nacionalismo de los años veinte y treinta. Y puede serlo también ahora.

Pero este riesgo no debería llevarnos a demonizar de forma general al nacionalismo. Como ocurre con el liberalismo, lo hay de dos tipos. Por un lado, un nacionalismo cívico, humanista, integrador y cosmopolita como el de la posguerra. Por otro, un nacionalismo identitario, aislacionista y caudillista, como el de los años veinte y treinta.

La cuestión es cómo aceptando la inevitabilidad del actual giro nacionalista logramos que sea del primer tipo. Nos jugamos mucho en el intento. Volviendo a la cuestión inicial, no somos raros. El nacionalismo excluyente y caudillista de Puigdemont es similar al que estamos viendo en otros lugares. Pero, aunque sólo fuese por aquello de que “mal de muchos, consuelo de tontos”, no debemos contemporizar con este tipo de nacionalismo.